La calle para el jueves 12 de junio de 2008
Diario de un espectador
La trampa
por miguel ángel granados chapa

Después de casi diez años de su filmación (a los ocho o siete de su exhibición en México) hemos vuelto a ver La trampa, la película de Jon Amiel protagonizada por Catherine Zeta-Jones y Sean Connery. La vimos anteanoche por el canal AXN de la televisión de paga. Nos sorprendió la frescura de la cinta, quizá porque descansa más que en lo intrincado de la narración en la personalidad de los protagonistas.

La estrella comenzaba entonces, 1999, su carrera. No se había casado siquiera con Michael Douglas, lo que ocurriría al año siguiente, a raíz de la filmación de Traffic, cuyo reparto encabezaron ambos. Hermosísima y sensual, la actriz galesa mostraba además de sus dotes naturales, su talento para la actuación, no en balde se había iniciado en el teatro y en espectáculos donde la expresión corporal es básica. Connery, a su vez, representaba la madurez de un astro que treinta y cinco años atrás había dado rostro cinematográfico al personaje de Ian Fleming, el agente del servicio secreto británico James Bond, 007.

Virginia Baker, apodada Gin, es agente de una compañía de seguros, que investiga los robos de arte que infligen grave daño a la empresa; por ejemplo, la sustracción de un Rembrandt en Nueva York, por la que la aseguradora debe pagar 24 millones de dólares. Se sospecha que el autor es el veterano Mac, mote de Robert McDouglas y Gin debe comprobar que así es, recuperar el cuadro y poner en suerte al ladrón para que sea capturado.

Pero nada de eso es posible, porque Gin se enamora del suspicaz y huidizo escocés que desde el principio sabe que ella no es lo que finge ser, también una ladrona de arte, sino una agente que va tras él para encarcelarlo. De cualquier modo, emprenden juntos otro robo espectacular, el de una máscara de jade exhibida en Londres en medio de rigurosas medidas de seguridad que son burladas por una combinación de talento para el robo, que cada uno de ellos posee en grado excelso, y una panoplia de instrumentos, tecnología de punta que reúne la capacidad de fuego tradicional con las más sensibles aportaciones de la informática.

Consumado por ella el robo de la máscara, él la despoja de la pieza, al hacerle saber que sabe de quién se trata, que trabaja para Héctor Cruz, el jefe de investigaciones de la aseguradora. En un juego de engaños, ella admite que eso parece ser, pero que en realidad es una ladrona que prepara el golpe del siglo, justo cuando el XX está por acabar y comienza el XXI. No demasiado convencido, pero interesado en la cercanía de la bella mujer y las características del asalto propuesto, Mac acepta que viajen juntos a Malasia, en cuya capital, Kuala Lumpur ha de realizarse el gran robo.

No se trata de tomar ninguna pieza de arte, como él ha hecho durante décadas. Se trata de entrar en la computadora central de un gran banco y desde allí transferir a una cuenta inencontrable cientos de millones de dólares, aprovechando el ajuste que hay que practicar en todos los sistemas de cómputo del mundo al transitar de un milenio a otro. Lo que ocurrió al final lo dejamos abierto a la curiosidad del lector, a su recuerdo si ya vio la cinta o a su descubrimiento si interesado por esta nota busca La trampa en la programación de AXN o su propio ejemplar en una disquería.

Como décadas atrás en las cintas de James Bond, esta donde ese antiguo agente ha envejecido, se deleita mostrando paisajes rurales (las inmediaciones del castillo escocés de Mc Dougal) o urbanos, como los contrastes de Kuala Lumpur. En aquellas películas del 007 abundaban, además, las mujeres bellas, prestas todas, siempre, a aproximarse a Bond tanto como fuera posible, con buena o con mala intención. En este caso, basta con la presencia de Catherine Zeta-Jones, que llena la pantalla, vista como se vista.